

A S. M. LA REINA

## DOÑA ISABEL II,

CON MOTIVO DEL NACIMIENTO DE SU AUGUSTA HIJA.

ODA.

Llega, pueblo español, llega afanoso  
Hasta el trono in mortal, do tiene asiento  
La segunda Isabel: mira gozoso,  
Y en dulce arrobamiento,  
A la Princesa amada,  
Mensajera de paz y de alegría,  
Que el cielo bondadoso nos envía.

Abandonad, hermosos querubines,  
Las etéreas regiones,  
Bajad sobre su cuna venturosa:  
Acaricien su frente  
Vuestras alas de rosa,  
Y arrullad dulcemente  
De vuestras arpas con los blandos sonos,  
El sueño encantador de la inocencia;  
Y del perfume celestial de gloria,  
Que el Dios de las alturas  
Derramó en vuestras régias vestiduras,  
Hacedle respirar la noble esencia.



Auras de los vergeles deliciosos,  
Ofrecedle tributo,  
Llevalde con sonrisa placentera  
Los sonos melódicos,  
Música de la hermosa primavera.  
Llevalde en vuestras alas transparentes,  
De las inquietas hojas los rumores,  
El acorde murmullo de las fuentes,  
El balsámico aroma de las flores,  
Y los ecos que forman misteriosos,  
Las lirás de inspirados trovadores.

Fórmese en torno á la Princesa amada,  
De la Iberia consuelo,  
Una atmósfera rica de armonía,  
De tierna poesía,  
Para que al despertar en este suelo,  
Crea que no ha dejado todavía  
Las mansiones del cielo.

¡Princesa bendecida!  
El dulce génio de la paz suave  
Amoroso te cubre con su manto,  
Y el númen de la gloria  
Entona con encanto  
El himno de victoria;  
Y para hacer que alfombren tu camino,  
De su traje divino  
Estrellas de luciente argentería,  
Detiene triunfante  
La marcha de su carro rutilante.

¡Oh, sí! que tú has nacido  
Para ser la delicia  
De este pueblo valiente:  
Tú adornarás su frente  
Del triunfo esclarecido  
Con la inmortal diadema vencedora:  
Tú harás que el mundo estático se asombre,  
Cuando escuche á la fama voladora,  
Cantar la dicha de la ilustre España,  
Y poblar el espacio con su nombre.

Y tú, Reina Isabel, no tiene acento  
Del poeta la lira,

Ni el alma ardor, ni fuerza el pensamiento,  
Para pintar en su verdad inmensa,  
El entusiasmo que tu nombre inspira.  
Te respeta y te adora  
Una grande nacion, que está admirando  
En tí, noble Señora,  
La digna sucesora  
De las virtudes del tercer Fernando.

Salve, Reina querida,  
Orgullo noble del hispano suelo,  
De todos bendecida,  
Del inocente egida,  
Del infeliz consuelo:  
Tu mirada amorosa  
Del corazon ahuyenta la tristura,  
Cual nube borrascosa  
Se esconde y desaparece pavorosa,  
Del astro rey ante la lumbre pura.

En brazos de tu Esposo,  
Goza feliz de madre la alegría:  
Es el bien mas precioso,  
Que desde el almo cielo, bondadoso  
El Dios de paz á la muger envía.

Salve, Isabel, lucero refulgente,  
Con cuya luz divina,  
De un porvenir tranquilo y esplendente,  
El horizonte inmenso se ilumina:  
Grato como sonrisa de esperanza,  
Derramarás del tiempo en las edades  
Tus vivos resplandores;  
Y tú serás para el hispano suelo  
Iris de paz y faro de bonanza,  
Manantial de piedades,  
Inagotable fuente de consuelo,  
Vívido sol á cuyo dulce influjo,  
Brotarán radiantes de hermosura,  
Purísimos raudales de ventura.

Madrid.—1851.

VICENTE RODRIGUEZ VARO.